

do la esquina entró en su casa, subió la escalera y penetró en su misera habitación.

—¡Justino! dijo Regina, dejándose caer sin fuerzas en la misma silla que su esposo había ocupado para escribir; pero nadie contestó á su voz.

Entonces reparó en el oro y la carta.

Separó las monedas, y, sin soltar á su hijo, abrió el billete, que estaba concebido en estos términos:

«Regina: me he vendido como soldado en la bandera de América: cuando leas esta carta estaré ya en camino para Cádiz, donde voy á embarcarme: sólo así podía daros pan á tí y á mi hijo.

»Adiós, Regina mía; nuestro amor nos ha hecho muy desgraciados... nunca se conquista la felicidad faltando á los deberes que la religión y la naturaleza nos imponen...

»Pide perdón á tus padres, Regina: sólo con el fin de que te lo concedan me alejo de tí, y hasta que puedas convencer á tu orgullo de que debes hacerlo, te dejo, para que vivas, el precio de mi libertad.

»¡Adiós otra vez, esposa mía! ¡Adiós, hijo querido de mi corazón! ¡Si no muero, volveré á abrazaros algún día con toda la efusión de mi alma!

JUSTINO. »

## XXIII

### EL PERDÓN.

Regina quedó un instante inmóvil y con los ojos extraviados.

—¡Conque estoy sola en el mundo! exclamó tras una larga pausa. ¡Sin madre!... ¡Sin esposo!... ¡Sin hijo!... ¡Oh! ¡corramos hacia lo último que me queda!...

Salió al decir esto, sin cuidarse de cerrar la puerta: cruzó la callejuela y entró en el palacio de sus padres, llevando en los brazos el cadáver de su hijo.

Nadie se opuso á su paso, y Regina penetró hasta la habitación de su madre.

La Marquesa yacía en su lecho de muerte.

A sus piés, y lanzando sollozos secos é inarticulados, estaba de rodillas el anciano Pedro.

—¡Padre! gritó Regina deteniéndose en el centro de la estancia.

El Marqués alzó la cabeza y reconoció á la hija cuya imagen tenía grabada en el corazón con sangre y fuego.

—¿A qué has venido, verdugo de tu madre? exclamó roncamente y levantándose terrible y amenazador. Vete, continuó; apártate de mi vista.

—¡Padre! ¡es que estoy sola en el mundo! murmuró la infeliz con acento desgarrador.

—¡Yo también! murmuró el Marqués; ¡yo también estoy solo por tí!

—¡Padre! mi esposo me ha abandonado, y mi hijo... ¡ha muerto de hambre!... volvió á decir Regina con acento debilitado. ¡Padre, perdóname!...

—¡Nunca! exclamó el anciano con temblorosa voz.

—¡Padre mío! ¡por el cadáver de mi madre aquí presente! ¡por el de mi hijo que deposito á tus piés!... ¡perdóname para que pueda morir en paz!...

Y Regina echó á las plantas de su padre el cuerpo ya frío de su hijo.

El anciano fijó en el niño sus secos y escandecidos ojos: poco á poco su mirada se cubrió de lágrimas; recorrió su cuerpo un temblor violento, y por fin abrió los brazos á su hija, que se arrojó en ellos.

—¡Te perdono! exclamó, estrechándola fuertemente contra su pecho. ¡Vive á mi lado, desgraciada!

—¡Sólo... en el cielo estaré... junto á tí... padre! tartamudeó la joven, exánime ya y moribunda! Su padre la miró espantado.

El hambre, la fatiga, se pintaban en el dema-

crado semblante de Regina con una energía desgarradora.

—¡Hija!... ¡hija mía! ¡socorro para mi hija! gritó el anciano desesperadamente.

Muchos criados se precipitaron en el aposento con marcadas pruebas de interés.

—¡Padre mío... que me entierren con mi madre... y con mi hijo... murmuró Regina con voz tan débil, que parecía el arrullo de la brisa; y... si vuelve... Justino... que le enseñen mi sepulcro!...

—No morirás, no, hija mía!... ¡yo no quiero que mueras!... ¡Pan, traed pronto pan para mi hija, imbéciles!... ¡Que se muere de hambre... de hambre... y á mí me ahoga el oro!

Los criados, en vez de ir en busca de alimentos, se echaron de rodillas y se pusieron á orar, conociendo lo desgarrador de aquella escena.

—¡Regina!... ¡Regina! yo no quiero que mueras hasta que Dios me llame á sí!... ¡Vive, vive para endulzar mi agonía!

—Padre, tu bendición... y... adiós! suspiró Regina.

—¡Bendita, bendita seas, hija de mi alma! ¡Pero vive, para que tú puedas perdonarme también!

Regina pegó sus labios á la rugosa mejilla del anciano, y dejó en aquel beso su postrer suspiro.

—¡Hija, hija de mi corazón! sollozó el desven-

turado padre: ¡hija mía!... óyeme... ¡no me dejes, por Dios!...

Los criados le quitaron el cadáver de los brazos, y como si la sola presencia del cuerpo de su hija le sostuviese, cayó sin sentido al suelo.

---

## XXIV

### LOS SEPULCROS

Al día siguiente fueron enterrados en el soberbio panteón de los Marqueses de Villalta los cadáveres de la Marquesa, de su hija Regina y del hijo de esta desgraciada joven.

Pasaron otros dos, y un anciano encorvado, con el cabello blanco y el semblante espantosamente demacrado, subió en un coche de luto y se dirigió al cementerio donde descansaban los restos de las personas antes nombradas.

Era el Marqués de Villalta.

Cuando llegó, se apeó trabajosamente, con la ayuda de un criado vestido de negro como él.

Dió algunas monedas al fúnebre guardián del recinto de los muertos, y se adelantó apoyado en el brazo del doméstico, que era también un anciano encanecido.

Dejóse caer de rodillas el Marqués, y dijo suavemente á su ayuda de cámara:

—Déjame solo, Joaquín.

El anciano criado obedeció, y el Marqués dobló

su calva frente sobre la fría piedra del mausoleo.

—¡Esposa mía! ¡hija de mi alma! ¡pobre é inocente hijo á quien no he conocido..., perdón! murmuró entre sollozos. ¡Oh Gabriela adorada! ¡Mi fatal orgullo, y la funesta educación que di á nuestra hija, han labrado la perdición de todos vosotros! ¡Hija querida, perdóname y ruega á Dios que perdone también mis errores! ¡Pídele que separe de mí, en mi cercana agonía, tu sombra y la de tu hijo, hambrientas é irritadas!...

Detúvose el Marqués, falto de fuerzas, y volvió á sollozar; poco á poco se calmaron sus gemidos, y se levantó, yendo á buscar al fiel Joaquín, que le condujo á su carruaje.

Durante seis días siguió visitando el panteón.

En el último, viendo el ayuda de cámara que su amo tardaba mucho en levantarse, se acercó á él.

Joaquín dejó escapar un grito de aflicción y se abrazó á su amo.

El Marqués había pasado á mejor vida en medio de su plegaria.

Su rostro sonriente y apacible decía que su agonía había sido serena, y su muerte feliz.

Quizás el alma bendita de Gabriela bajó en busca de la suya y la condujo al cielo.

.....  
.....  
.....

Diez años después, bajaba un capitán del ejér-

cito de una diligencia de Cádiz que acababa de llegar á Madrid.

Parecía contar unos treinta y tres años, y su figura era encantadora, aunque su semblante estaba velado por una tristeza profunda.

Sin detenerse un instante se dirigió á la calle en que estaba situado el palacio de los Marqueses de Villalta; dió la vuelta á él, y entró en la casita que ya conocen mis lectores.

La ocupaba á la sazón una mujer anciana.

Justino, pues Justino era el capitán, preguntó con acento tembloroso por la persona que anteriormente la había ocupado.

—Murió, y su hijo también, contestó la anciana,

Justino tuvo que apoyarse contra la pared.

—Están enterrados con los Marqueses de Villalta, continuó la nueva habitadora. ¡Historia más rara que la de aquella pobre joven!

Justino salió de la casita con el corazón desgarrado: dirigióse al cementerio, y besó la losa fúnebre que guardaba los restos mortales de su esposa y de su hijo.

—Adiós, murmuró, derramando dos lágrimas amargas. ¡Adiós, desventurada, que fuiste mi primero y único amor! ¡Duerme en paz con nuestro hijo, ya que tan infelices os hice en vida!

El desgraciado Justino se dirigió á Cádiz aquella misma noche y se embarcó otra vez para América.

¡Nunca volvió á saberse de él!

## XXV

## LA FELICIDAD

La caída de una tarde de otoño era cuando dos personas se paseaban por una frondosa alameda, encerrada en una de las más bellas quintas que rodean la encantadora Sevilla.

Eran un hombre y una mujer.

Ella, de estatura mediana, parecía tocar en los veintidós años, aunque en realidad tenía seis más; pero su plácida belleza disminuía su edad, al mismo tiempo que reflejaba la bondad y dulzura de su carácter.

Su compañero contaba algunos estíos más; sin embargo, su cabellera, negra como el ala del cuervo, no estaba aún matizada con la más leve hebra de plata.

También era hermoso, pero con esa belleza que indica un corazón ardiente y un alma fuerte y recta.

Después de haber dado algunas vueltas por las calles de tilos y limoneros donde los hemos encon-

trado, fueron á sentarse en un banco cubierto de césped y respaldado por jazmines.

—Hoy estás triste, Eugenia, dijo el caballero, tomando cariñosamente una de las lindas manos de su compañera. ¿No me dirás lo que tienes?

—¡Pienso en mi pobre hermano! repuso ésta, mientras una gruesa lágrima temblaba suspendida de sus largas pestañas de oscura seda.

El Vizconde del Olmo no aventuró, para acallar el dolor de su esposa, uno de esos estériles consuelos que consisten en algunas palabras vacías de sentido: contentóse con acercar á Eugenia á su seno é imprimir un beso en su blanca frente.

—¡Pobre Justino! continuó ella, dando rienda suelta á su llanto: ¡hoy es su cumpleaños, y no sabemos lo que es de él! ¡Ay! ¡tal vez ha muerto en el suelo abrasador de América, sin una mano amiga que cierre sus ojos!

—Debemos consolarnos con que hemos hecho cuanto ha estado á nuestro alcance practicar para encontrarle; tú sabes, Eugenia mía, que á no ser por nuestros hijos, nosotros mismos hubiéramos atravesado los mares para buscarle y traerle á nuestro lado.

—¡Fatal pasión la que ha perdido á tantos seres! murmuró Eugenia, quedándose absorta en sus amargas reflexiones.

—¡Fatal amor el de unos padres que no supieron educar á su hija, enseñándole la sumisión, que es el primer deber de los hijos, ni doblegarse

al orgullo que ellos mismos habían fomentado en el ser á quien tanto amaban! Pero dejemos á mis infortunados tíos reposar en sus tumbas, y sirvanos su ejemplo para saber educar á nuestros hijos. Tú eres buena, Eugenia mía, porque tu madre te formó á su imagen, y nuestra Malvina se te parecerá á su vez. La condición humana necesita diques: ¡desgraciado del ser que no los tiene!

Calló aquel hombre tan justo, tan fuerte y tan sensible á la par, y Eugenia apoyó sollozando su hermosa cabeza en el pecho de su esposo.

De súbito se oyeron gritos alegres é infantiles, y dos hermosos niños aparecieron corriendo en la calle de tilos.

Eran de diferente sexo, pero ambos de una belleza risueña y encantadora.

El niño parecía tener ocho años.

La niña no pasaba de los seis.

—¡Mamá, mamá, venimos de la sala de labor! gritaron á la vez.

Eugenia enjugó sus lágrimas, los confundió en un mismo abrazo, y una sonrisa de felicidad apareció en sus labios, así como en la primavera se confunde un alegre rayo de sol con las últimas gotas de lluvia.

—Papá, Carlos no ha querido escribir hoy, porque no tenía gana, y su ayo le ha regañado mucho, dijo la niña tristemente y como doliéndose de la corrección de su hermano.

—Mamá, Malvina ha concluido hoy el pañuelo

que estaba cosiendo para tí! gritó alegremente el niño, y dice su aya que está muy bien.

—De ese modo, Malvina va á salir con su aya á paseo y á comprar juguetes, dijo Eugenia con dulzura y besando amorosamente á su hija.

—¡Y Carlos se quedará en casa en castigo de no haber escrito! añadió severamente Arturo.

El niño retrocedió algunos pasos lloroso y confundido, y un instante después una señora de edad madura entró en el jardín y se llevó á la niña, que volvía la cara contemplando con dolor á su hermanito.

Eugenia fijó en su esposo una mirada de tristeza.

—Comprendo que te será sensible que Carlos se quede castigado, Eugenia, le dijo el Vizconde; pero considera que únicamente haciendo *buenos* á nuestros hijos les haremos *felices*.

El buen padre tomó de la mano al niño, dió el brazo á su esposa, y los tres continuaron su paseo por la calle de tilos.

FIN DE LA NOVELA.